

Syou Ishida

Te receto un gato



猫を処方
いたします。

SYOU ISHIDA

TE RECETO UN GATO

Traducción de Víctor Illera Kanaya

Shuta Kagawa levantó la vista para contemplar el edificio de oficinas al fondo del oscuro callejón. Por fin, después de vagabundear un buen rato por las intrincadas calles del centro de Kioto, había llegado a su destino. La construcción parecía hecha solo para rellenar el estrecho hueco entre los dos inmuebles que lo emparedaban.

—¿Seguro que es aquí? —murmuró inquieto.

Shuta volvió a comprobar la dirección y asintió aún dubitativo.

Le pareció increíble que a estas alturas todavía hubiera lugares que no apareciesen en internet; pero los había, acababa de confirmarlo, y debían de ser todos como este. La luz del día apenas alcanzaba a iluminar aquel rincón y el cielo se veía lejano y neblinoso desde allí. El suelo del callejón estaba medio mojado a causa de la humedad y el edificio parecía viejo y cochambroso.

«Desde luego, menuda forma de indicar una dirección.»

Al este de la calle Takoyakushi, al sur de la calle Tominokoji, al oeste de la calle Rokkaku, al norte de Fuyacho, barrio de Nakagyo, Kioto.

Le habían indicado la dirección en el formato típico de Kioto para las localizaciones en el área urbana. A pesar de que en la ciudad las direcciones se basaban en nombres de barrios y números, en el formato tradicional se utilizaban los nombres de las calles que atravesaban la ciudad como puntos de referencia para determinar una ubicación. Esta forma de orientarse resultaba críptica y bastante vaga, y hasta los propios habitantes de Kioto llegaban a encontrarla confusa. De hecho, Shuta había estado dando vueltas por las calles colindantes a la del edificio que estaba buscando sin llegar a localizarlo. Solo había visto el minúsculo callejón que lo conducía a su destino en el último momento, cuando estaba ya a punto de tirar la toalla.

«¿Por qué indican las direcciones de una manera tan desconcertante en esta ciudad?», se preguntó. Para Shuta, que provenía de otra prefectura, los nombres de las calles de Kioto eran un verdadero criptograma, y en cuanto a esa dirección, parecía estar hecha a propósito, para ahuyentar a los extraños.

Lanzó un suspiro, ya en la sombría callejuela, y se recompuso pensando en que aún era demasiado pronto para desanimarse. Los inquilinos no tenían por qué ser desagradables solo porque lo fuera la ubicación del inmueble. Quizá las construcciones contiguas se habían levantado después; sin duda, el lugar parecía estar aislado a propósito.

La puerta de entrada del edificio estaba abierta. No había ascensor y se veían unas escaleras al fondo del pasillo. La iluminación del interior era pobre y no había nadie. Era un ambiente un poco inquietante. Avanzó por el pasillo y, en las puertas que se sucedían a ambos lados del corredor,

vio las placas con los nombres de las empresas que ocupaban las oficinas. No vio ninguna vivienda. No le sonaba ninguna empresa y no le hubiera extrañado que todas se dedicaran a actividades algo turbias.

«¿Y si terminara dedicándome a hacer llamadas telefónicas a ancianos incautos desde una oficina mugrienta en un edificio como este?»

Shuta se imaginó un futuro sombrío y sacudió la cabeza a ambos lados como queriendo desechar esos pensamientos. Había venido aquí justo para evitar que eso sucediera. Subió por la escalera hasta la quinta planta y vio en una de las puertas un cartel que decía: CLÍNICA KOKORO CHUKYO.*

La puerta de entrada de la clínica se veía vieja, gruesa y pesada; sin embargo, al abrirla la notó sorprendentemente ligera. Asomó la cabeza con timidez por el resquicio y se encontró con un espacio mucho más luminoso de lo que había imaginado. Vio la ventanilla del mostrador al lado de la entrada, pero no había nadie atendiendo.

—Hola —dijo hacia el fondo.

Silencio absoluto.

¿Estarían en la hora de descanso? Se cruzó de brazos. No había podido pedir cita porque no tenía el teléfono ni el correo electrónico de este centro.

—¡¿Oiga?! —dijo ahora levantando la voz.

Entonces, apareció una enfermera haciendo un suave

* En japonés, *kokoro* significa «corazón», por lo que el nombre se podría traducir a «Clínica del corazón». No obstante, en función de cómo esté escrito, *kokoro* también puede leerse como apellido. (*N. del t.*)

plaf, plaf, plaf, con sus chanclas. Era una mujer de algo menos de treinta años y con la piel tan blanca que resultaba casi traslúcida.

—¿En qué le puedo ayudar?

—Disculpe. No tengo cita, pero me gustaría que me viera el médico.

—Un paciente, ¿eh? De acuerdo, pase.

La mujer tenía acento de Kansai e inflexiones claras del habla de Kioto. Era joven, pero parecía bastante resabiada.

Tras acompañar a Shuta a la sala de espera, al fondo de la clínica, en la que solo había un pequeño sofá, la enfermera, en vez de ofrecerle asiento, lo hizo pasar directamente a la consulta del médico. Se trataba de un cubículo minúsculo, más pequeño que la sala para fumadores de su empresa, y no había en este más que un escritorio, un ordenador y dos sillas plegables.

¿De verdad era esta la clínica de la que tan bien hablaban? Temió haberse equivocado de lugar.

Todas las clínicas psicológicas a las que Shuta había acudido anteriormente eran espaciosas y elegantes. Ninguna estaba en edificios tan viejos y poco acogedores, la cita previa era siempre obligada y solo en rellenar el cuestionario antes de la consulta se tardaba casi una hora. Que el médico lo viera sin cita era de agradecer, pero le extrañó que ni siquiera le hubiesen pedido la tarjeta del seguro médico.

Poco después, se descorrió la cortina dispuesta al fondo de la consulta y apareció el médico en bata blanca. Era un hombre de unos treinta años, de maneras suaves y expresión amable.

—Hola. Es la primera vez que vienes, ¿verdad? —le preguntó sonriendo fugazmente. Hablaba con una voz bastante aguda y nasal, acompañada de una cadencia típica de Kioto, cercana pero sin dejar de ser formal.

»Por cierto, ¿dónde nos conociste?

—Pues... —musitó Shuta, y se quedó callado. Por un momento dudó si mentir, pero decidió contarle la verdad—: Lo he conocido indirectamente, a través de un antiguo superior mío en una empresa en la que estuve trabajando. Resulta que el primo de la mujer de su hermano tiene un cliente que había venido a esta clínica y..., bueno, me habló muy bien de este sitio.

Lo que sabía de la clínica era poco menos que un rumor. Le habían dicho el nombre, la dirección poco precisa, que le había parecido tan críptica, y que estaba en la quinta planta del edificio, nada más.

No era la primera vez que Shuta visitaba una clínica psicológica. A la primera consulta había acudido hacía seis meses. En aquella ocasión tampoco tenía muchas esperanzas de que pudieran ayudarle a solucionar sus problemas. Tan solo pensó que tenía que hacer algún tipo de esfuerzo y poner de su parte, si quería mejorar. Ese primer impulso lo llevó a visitar todas las clínicas con buenas opiniones en internet que había encontrado cerca del trabajo y de su casa.

En el que ahora estaba, era el primer centro al que acudía fuera del área que había explorado al inicio, y había llegado dejándose guiar por un rumor. Pero nunca imaginó que estuviera escondido en un lugar tan deprimente.

—Vaya..., eso es un problema. Es que no estamos atendiendo a pacientes nuevos. Ten en cuenta que aquí solo

trabajamos una enfermera y yo —dijo el médico suspirando lenta y delicadamente.

Shuta se sintió desanimado. «Aquí tampoco me van a ayudar», pensó. Todas las clínicas como esa se anunciaban con grandes reclamos de atención y con los brazos abiertos para con los «enfermos del corazón», pero la verdad era que pocos médicos se mostraban sinceramente empáticos y dispuestos a ayudar cuando Shuta les contaba su problema. Estaba a punto de decir: «En ese caso, me voy...», cuando el médico esbozó una sonrisa maliciosa. Su mirada era de pronto la de un niño travieso.

—Pero, bueno, no te preocupes. Ya que has venido recomendado, haré una excepción contigo.

Shuta tuvo la sensación de que la minúscula estancia, ya de por sí tan estrecha que casi se rozaban las rodillas, se hacía aún más angosta. El médico se volvió hacia la mesa y comenzó a teclear en el ordenador.

La consulta empezó sin más preámbulos:

—A ver, ¿cómo te llamas y cuántos años tienes?

—Me llamo Shuta Kagawa y tengo veinticinco años.

—Cuéntame, entonces. ¿Qué te ocurre? —le preguntó el médico con calma.

Shuta se puso nervioso.

Era una situación que había vivido muchas veces y cuyo desenlace conocía bien: los médicos, tras escucharlo con atención durante el tiempo estipulado, le daban las mismas respuestas de siempre. «Debe de ser difícil. No deberías trabajar tanto. No tienes que seguir sufriendo, si no quieres.» «Has hecho bien viniendo. Muchas gracias por habernos elegido.» Inexplicablemente, algunos médicos le

daban las gracias. Pero después, todos le recetaban el mismo tipo de medicamentos. Al final, lo único que le aliviaba el dolor eran los somníferos, y no los médicos.

—Yo...

Insomnio, pitidos en los oídos, pérdida de apetito... Cuando pensaba en el trabajo sentía una fuerte opresión en el pecho, le costaba respirar y no podía dormir durante la noche. Pero, dicho así, sus síntomas eran los típicos de un caso de ansiedad laboral que no causaba ninguna gran impresión en los médicos. Esta vez tenía que ser diferente, y para eso debía explicar su situación mejor de lo que lo había hecho hasta entonces.

Aun así, lo primero que dijo, casi de forma inconsciente, fue lo que realmente anhelaba:

—Quiero dejar el trabajo.

—Entiendo.

El médico reaccionó de inmediato a su débil lamento. Shuta se sorprendió.

— Oh, no, bueno... No quiero dejar mi trabajo. En realidad, lo que me gustaría es saber cómo puedo seguir trabajando en la misma empresa. Es una sociedad bastante grande que se dedica a la intermediación y compraventa de valores, como las que se anuncian por televisión, pero que explota y trata muy mal a sus empleados. Una empresa con un trasfondo algo turbio, vaya.

—Entiendo —volvió a decir el médico con calma, antes de esbozar una gran sonrisa y añadir—: Te voy a recetar un gato, y veremos cómo va, ¿de acuerdo? —Se giró en la silla dándole la espalda a Shuta y habló hacia la cortina—: Señorita Chitose, tráigame al gato, por favor.

—De acuerdo —respondió una voz detrás de la cortina, y de inmediato apareció la enfermera de tez blanca que lo había recibido.

No se había fijado al entrar, pero era una mujer con una presencia peculiar y con un extraño brillo en la mirada. No llamaba la atención por su belleza, aunque era guapa. La enfermera miró a Shuta con desconfianza, y le dijo al médico secamente:

—¿Está seguro, doctor Nike?

—Claro que sí, irá perfecto.

En contraste con las maneras bruscas de la enfermera, las del médico eran sosegadas y cálidas. La clínica resultaba, sin duda, peculiar, al igual que el nombre del médico. La enfermera dejó encima de la mesa el transportín para mascotas que había traído y desapareció detrás de la cortina. El transportín era un modelo sencillo de plástico, con rejillas a los lados.

Y dentro, en efecto, había un gato.

Shuta se quedó atónito. No sabía cómo reaccionar ni qué decir. Miró fijamente al animal. Era un gato de verdad. Uno de esos corrientes, de pelo gris, sin otro rasgo destacable que el de sus grandes ojos redondos y dorados, que Shuta distinguió en la penumbra del transportín. El gato también miraba fijamente a Shuta. Parecía recelar de él.

—Entonces, Shuta, probemos esto durante una semana, ¿de acuerdo?

—Sí...

—Te voy a preparar la receta para que la presentes en la ventanilla de recepción.

—¿Preparar... una receta?

—Por supuesto.

Hablaba con total normalidad, pero la situación era absurda. Shuta preguntó sin apartar la mirada del gato:

—¿Esto... es un gato?

—Sí, claro que es un gato.

El médico actuaba con toda naturalidad. En el interior del transportín había, efectivamente, un gato, se mirase por donde se mirase; pero Shuta estaba empezando a dudar de lo que veía con sus propios ojos.

—¿Es... un gato de verdad?

—Por supuesto, ¿no lo ves? Y además, funciona de maravilla. Por algo se ha dicho siempre que los gatos son el remedio para todos los males. En fin, uno de estos resulta mucho más efectivo que cualquier medicamento tradicional.

Shuta no entendía nada y estaba cada vez más confuso. El médico le entregó una nota de papel.

—Aquí tienes la receta. Preséntala en recepción para que te den las cosas que necesitarás para cuidar del gato. Nos vemos dentro de una semana, ¿entendido? Y ahora, tengo que atender a un paciente que viene con cita, así que si no te importa... —dijo señalando la puerta e invitándolo a salir.

Shuta, que se había quedado pasmado, al recobrar la compostura soltó una carcajada espontánea.

—Ja, ja, ja... Claro, ya lo entiendo. Esta es la famosa terapia con animales, ¿no es cierto?

La situación inesperada lo había descolocado, y no se dio cuenta hasta ese momento. Pero ahora todo cobraba sentido. Se trataba de mejorar el bienestar y la salud a través del

contacto con animales. Shuta miró riendo al médico, pero este, imperturbable, no movió ni un músculo de la cara. Le pareció que estaba tratando de estudiar su reacción.

—¿Así que coger desprevenidos a los pacientes también forma parte de la terapia? Claro... Por eso no tienen publicado en ningún sitio lo que hacen aquí. ¡Pues ha funcionado, ya lo creo! Por un momento me he quedado totalmente en blanco. Recetar un gato, ¿eh? Muy interesante.

Shuta acercó la cara al transportín y volvió a mirar en su interior. El gato seguía observándolo con los ojos muy abiertos. No sabía mucho de animales, pero sonrió con amargura pensando que quizá el gato también estaba confuso.

—Es muy bonito. Pero yo diría que no le caigo especialmente bien.

—¿Mmm? A ver, a ver.

El médico acercó tanto la cara al transportín que casi le rozó el pómulos a Shuta, que seguía mirando al gato. Shuta se sobresaltó, pero al médico no pareció importarle lo más mínimo. Pegó su nariz a la rejilla y miró inquisitivo al interior.

—¿Qué?, ¿cómo lo ves? Bien, ¿no? Vale, vale. —El médico se volvió hacia Shuta—. Nada, dice que ningún problema.

—¿Cómo? No ha dicho nada... Y en todo caso, ¿qué va a decir? Me tiene miedo, estoy seguro.

—¿Tú crees? Venga, vale. —Pegó de nuevo la nariz al transportín—. ¿Qué? ¿Algún problema? No, ¿verdad? —Levantó la cara y rio—. Confirmado. Dice que ningún problema.

—No, es que... A ver si nos entendemos... Lo que quiero decir es que el gato se va a sentir incómodo con alguien tan poco familiarizado con animales como yo. Puedo entender que en esto consista la terapia, pero ¿no le preocupa?

—Tranquilo, no hay por qué preocuparse. La efectividad de los gatos está garantizada, estén o no los pacientes acostumbrados a convivir con animales. Y ahora, por favor, me está esperando otro paciente, así que... —dijo sonriendo, y se puso de pie. Cogió el transportín y lo colocó sobre las rodillas de Shuta.

—Oiga, pero... —farfulló Shuta.

El médico repuso con una sonrisa que no admitía réplica:

—Nos vemos dentro de una semana.

Shuta seguía sin entender del todo lo que estaba ocurriendo, pero no tuvo más remedio que salir del cuartito con el transportín en brazos. Fue como si el médico lo hubiera despachado sin más.

Regresó a la sala de espera, pero no vio a nadie en el sofá. Se quedó plantado y sin saber qué hacer. Al rato, vio como una mano pálida lo llamaba desde la ventanilla de recepción.

—Señor Kagawa, acérquese.

—S... sí.

Era todo muy extraño. Aquello tenía que ser una broma, un montaje, quizá la grabación de algún programa de la tele. Inquieto, recorrió el lugar con la mirada buscando alguna cámara oculta que lo estuviera grabando.

Cuando se acercó dubitativo a la ventanilla, vio asomada en ella a la enfermera:

—Deme la receta —le dijo.

Shuta obedeció y le entregó el papelito que le había dado el médico. La enfermera desapareció.

El transportín se movió inestable. Pesaba bastante.

Qué sensación tan extraña. No había vuelto a cargar con un animal desde que en primaria estuvieron cuidando un conejo en clase entre todos los alumnos del curso. El gato, por su parte, parecía tranquilo a pesar de que se lo estaba obligando a participar en aquella farsa. Sintió simpatía por el animal.

La enfermera reapareció a los pocos segundos.

—Tome, aquí tiene —dijo sacando una bolsa de papel por la ventanilla. Shuta no tuvo más remedio que aceptar aquella entrega. Con una mano cogió por el asa el transportín que hasta ese momento había sujetado con los dos brazos, y tomó la bolsa con la otra. El animal se deslizó dentro de la caja y esta se inclinó.

—Huy, perdone —le dijo Shuta al gato—. Oiga, ¿qué hay dentro de la bolsa? Pesa bastante.

—Son los enseres del animal. Dentro encontrará también unas instrucciones, así que léalas con atención —repuso tranquilamente la enfermera. Su acento de Kioto, que en condiciones normales le hubiera parecido coqueto y agradable, le resultó frío y antipático.

Miró dentro de la bolsa. Vio un plato y una bandejita de plástico, y también un paquete que parecía la comida del gato. «Claro, son las cosas que necesito para poder tenerlo en casa», se dijo. Desde luego, era una puesta en escena de lo más elaborada. Pero tanta atención a los detalles lo inquietó aún más, en vez de tranquilizarlo.

—¿Hasta cuándo va a seguir esta pantomima? Es que ya me está pareciendo un poco excesiva, no sé...

—Si tiene dudas acerca del tratamiento, hable con el doctor. Cuídese —le espetó la enfermera maquinalmente, mientras ya estaba atendiendo otro asunto con la mirada fija hacia abajo.

—Perdone...

—Que le vaya muy bien.

—Oiga, pero...

—Cuídese mucho.

Aquello era un diálogo de besugos. Shuta abandonó la clínica cargando con todos los bártulos. Tenía ambas manos ocupadas y al salir le costó abrir la puerta.

«Pero ¿qué demonios ha sucedido?»

Shuta estaba atónito. Justo en ese momento, se cruzó en el pasillo con un hombre de aspecto poco fiable. Este pasó por delante de Shuta y abrió la puerta contigua a la de la clínica.

Cuando Shuta comenzó a avanzar por el pasillo buscando la escalera, sintió una mirada en la nuca. Se dio la vuelta y vio al hombre de antes mirándolo con una cara extraña. Parecía a punto de preguntarle algo. Shuta apretó el paso y se alejó del lugar. No era fácil bajar por la escalera evitando que el transportín se ladeara constantemente. Llegó a la planta baja y salió a la calle, donde notó un desagradable olor a moho. El olor era real. Y las cosas con las que iba cargado también eran reales.

Su antiguo superior le había recomendado la clínica. A él se lo había aconsejado su hermano menor. Y a este, su mujer. Y a su mujer, su primo... Shuta sabía de sobra que

un rumor se va transformando de boca en boca, como en el juego del teléfono roto, hasta que el mensaje original resulta irreconocible.

Dio un paso, luego otro, y otro más... Pero nadie apareció para anunciar el final de la escena. La atractiva enfermera de tez pálida tampoco salió corriendo detrás de él, disculpándose entre risas por la broma. No oyó ninguna voz proclamando el final de la secuencia, ningún enérgico «¡Corten!», como en las grabaciones de películas y series.

Una de dos: o el médico y la enfermera eran unos completos desaprensivos o bien eran unos auténticos estafadores. Pero lo único seguro por el momento era que se llevaba un gato a casa como tratamiento para sus problemas.

«Con la de vueltas que he tenido que dar para encontrar esta clínica... ¡Menuda recomendación!», se dijo mientras, en el fondo, no podía evitar reírse un poco de sí mismo.



No resultaba fácil transportar un animal. No podía cruzar de prisa por los pasos de cebra ni cargar el transportín al hombro para aliviar el cansancio de los brazos. Shuta tardó más de media hora en llegar a su apartamento, con el transportín cogido de una mano y el gato moviéndose incómodo en su interior. Cuando por fin llegó, tenía los antebrazos tan tensos que parecían de piedra.

Entró en el apartamento y dejó el transportín en el suelo. El gato debió de intuir que había llegado a su destino y comenzó a agitarse. A Shuta le dio pena tenerlo encerrado y le abrió la puerta para que pudiera salir.

Pero no salió.

—Eh, gatito, ¿qué te pasa? Ya puedes salir.

Nada. El animal siguió en su sitio. Shuta se agachó preocupado y miró dentro del transportín. Lo vio encogido al fondo del pequeño cubículo. «¿Qué le pasará?», se preguntó. Abrió la bolsa que le habían dado en la clínica en busca de una respuesta; allí encontró dos recipientes del mismo tamaño. Agitó el paquete de comida de gato, que emitió un suave zac, zac, zac. Debía de ser pienso seco.

—Bueno, de momento le daré un poco de agua.

Llenó uno de los recipientes con agua de grifo y lo puso delante de la puerta del transportín. El gato no se movió.

—¡Oh, claro!, la enfermera me dijo que en la bolsa había unas instrucciones. Veamos...

Sacó la nota y empezó a leerla, lanzando miradas de reojo al gato.

Nombre: B. Sexo: hembra. Edad estimada: ocho años. Raza: gato común. Alimentación: mañana y noche a discreción. Agua: a demanda. Limpieza del arenero: cuando sea necesaria. Básicamente, la gata puede permanecer a su aire durante todo el día y, en principio, no necesita ningún cuidado especial. Guarde objetos pequeños que pudieran ser ingeridos por el animal, así como platos y vasos que pudieran romperse, en lugares a los que la gata no pueda acceder. También tenga cuidado con las macetas y otros objetos pesados. No saque la gata a la calle. Nada más.

Por si acaso, Shuta volvió a leer la nota, pero no había pasado nada por alto.

«Vaya... Nunca he tenido una mascota. ¿Seré capaz de cuidar de B durante una semana? ¿Cómo se usará la bandeja de plástico y la arena para gatos? ¿Podrá hacer sus necesidades sin ayuda y sin manchar la habitación? ¿Cuánta comida debería darle? ¿Y si arañara las paredes?»

Tenía muchas preguntas, y a nadie a quien preguntar. Tendría que buscar las respuestas en internet. Eso sí, al menos sabía cómo se llamaba la gata. Se tumbó en el suelo y volvió a mirar dentro del transportín. Sus ojos se encontraron con la mirada dorada e imperturbable del animal.

—B, ¿eh? Oye, B, venga, sal de ahí. Eres una chica, ¿no? Seguro que tienes hambre. Te voy a dar un poco de pienso.

Estaba empezando a hacerse de noche. Era la hora de cenar para los humanos, y seguro que lo era también para la gata. Mientras leía las instrucciones en la parte trasera del paquete de pienso y buscaba información adicional en el móvil para saber qué cantidad darle, B asomó con timidez la cabeza por la puerta del transportín.

—¡Eh, por fin! —exclamó Shuta.

Pero la gatita se volvió a esconder de inmediato. Con todo lo que había tardado en animarse..., y él la había asustado con su exclamación. Shuta decidió esperar pacientemente a que saliera del transportín sin hacer el más mínimo ruido y casi conteniendo la respiración. Al rato, la gata asomó de nuevo la mitad de la cabeza. Miraba a Shuta volviendo los ojos hacia arriba. Siguieron así, estudiándose en silencio, durante unos instantes. Más que como temiendo a Shuta, parecía que la gata lo estuviera poniendo a prue-

ba, mientras que este, sentado en una postura extraña, empezaba a sentir calambres en las piernas. Aun así, Shuta logró permanecer inmóvil, aguantando los pequeños temblores que comenzaban a recorrerle el cuerpo.

Por fin, la gata sacó una de las patas delanteras del transportín, pero la mantuvo en el aire, sin posarla de inmediato en el suelo. Con su mirada, parecía estar advirtiéndole a Shuta de que si daba un solo paso en falso, volvería a refugiarse de nuevo en el transportín.

«Vamos, por favor, sal de una vez. No aguanto más estos calambres.»

Cuando Shuta estaba a punto de cambiar de postura, la gata bajó muy despacio la pata delantera. La pata apoyada en el suelo le recordó a Shuta la muñeca regordeta de un bebé. Era una monada. Poco a poco, B fue dando pasos para salir por completo del transportín hasta que, por último, su larga cola quedó enteramente a la vista.

«Pues es una gata bastante grande.» Esa fue la primera impresión que tuvo. Pero en realidad no era tan grande, sino que se la había imaginado más pequeña. Recordó un vídeo que había visto una vez, donde un gato lograba atravesar un estrecho hueco entre dos paredes. El pelaje de la gata, suave y esponjoso como una gruesa manta gris, parecía que se desbordaría por los bordes si intentaba colarse por un espacio similar.

Por fin Shuta pudo corregir su postura. Estiró las piernas con cuidado, apretando los dientes, procurando no perder el equilibrio para no asustarla con un ruido estruendoso si llegaba a caerse. Pero ella ignoró por completo a Shuta, que sufría en silencio, y avanzó hacia el reci-

piente con agua. Acercó el hocico a la superficie para olisquearlo y comenzó a beber, apenas rozando el agua con la punta de la lengua.

Shuta la observó con una sensación extraña mientras se frotaba las piernas entumecidas. Plip, plip, resonaba con delicadeza la lengua de la gata al tocar el agua. Aquel era un sonido por completo nuevo en el apartamento. La gata parecía ahora algo menos alerta, aunque seguía lanzando miradas furtivas a derecha e izquierda. Finalmente, posó su mirada en el paquete de comida para gatos.

—¡Ah, ya veo! Dame un segundo, ¿de acuerdo?

Después del agua, la comida. Shuta sonrió. Era bastante fácil entenderla.

Abrió la bolsa del pienso y echó un poco en el otro recipiente. La gata se quedó sentada, manteniendo la postura mientras observaba el pienso que caía en el plato con un suave fra, fra, fra. Shuta pensaba que la gata se abalanzaría sobre la comida en cuanto la tuviera a su alcance, pero no fue así: para su sorpresa, permaneció en su sitio contemplando la escena con las pupilas muy dilatadas.

—Venga, a comer. Mira qué buena pinta tiene. ¿Lo ves?

Shuta cogió un poco de pienso con los dedos y fingió llevárselo a la boca, como si estuviera comiéndolo. Pero la gata no reaccionó y siguió mirándolo fijamente como diciendo: «¿Qué narices está haciendo este tipo?». Shuta se sintió ridículo por la tontería que acababa de hacer y se dejó caer bocarriba en la cama. Hizo como que se desentendía de la gata, pero siguió mirándola de reojo.

Al rato, la gata se acercó con sigiloso al plato y comenzó a mordisquear el pienso. Comía emitiendo un ruidito dis-

creto: cra, cro, cra, cro. Era un animal silencioso, pero difícil ignorar.

«O sea, que así son los gatos», pensó distraídamente.

Shuta vivía solo, por lo que la presencia de la gata en el apartamento le resultaba un tanto extraña. Paseó la vista por el cuarto y vio que tenía sus cosas amontonadas sin orden ni concierto. Los libros de manga y las cajas de videojuegos estaban abiertos y tirados de cualquier manera. Entre semana, Shuta solo volvía a casa para dormir, y durante el fin de semana y los festivos dormía hasta mediodía. No es que la habitación se viera triste y desangelada por estar demasiado vacía, sino porque nada parecía dispuesto con un mínimo de cariño o gracia. Y no tenía macetas con plantas, claro que no. Si alguna vez se le hubiera ocurrido traer una, la planta habría muerto enseguida.

Decidió ponerse a limpiar y ordenar un poco la habitación. Tiró a la basura los tapones de las botellas de plástico y los palillos usados que estaban esparcidos por el suelo. Recogió la ropa y las revistas y las apartó en un rincón. Se dio cuenta de que hacía muchísimo tiempo que no emprendía algo voluntariamente, aparte del peregrinaje por las clínicas psicológicas, claro está. Solo había limpiado y ordenado por encima la habitación, pero se sintió bien consigo mismo después de hacerlo.

—Oh, claro, esto es lo más peligroso.

Se refería a los somníferos desperdigados sobre la mesa: los recogió uno a uno y los guardó con cuidado en un cajón.

Después de comer, la gata comenzó a pasear por el apartamento, caminando con tranquilidad y olisqueando

cada rincón. Daba gusto verla mientras se movía sinuosa y ligera como una pluma. A Shuta le relajó ver a la gata explorar el cuarto. Aquello era, sin duda, una terapia de choque, pero le pareció muy eficaz.

¿Dónde dormiría la gata? No tenía ninguna camita para ella. Aunque aún no hacía frío, pensó en improvisarle una acomodando un forro polar. ¿O quizá preferiría meterse en la cama con él? El tiempo pasó rápido mientras reflexionaba sobre esas posibilidades, y esa noche se quedó dormido sin necesidad de tomar somníferos.



Shuta cogió con los brazos el transportín y subió la escalera corriendo de un tirón hasta la quinta planta. Al llegar, entró apresuradamente en la Clínica Kokoro Chukyo y, sin aliento, depositó el transportín delante de la ventanilla de recepción. Alzó la vista y vio a la enfermera sentada al otro lado del mostrador.

—Vengo por un asunto relacionado con la gata. Tengo que hablar de forma urgente con el doctor.

—Señor Kagawa, su cita es dentro de cuatro días. Todavía le quedan cuatro días de gata.

—No, mire... Es que ya no la quiero —dijo trabándose por la excitación y la falta de aire—. Necesito hablar con el doctor. Esperaré lo que haga falta.

—En ese caso, pase a la consulta.

—Estoy dispuesto a esperar las horas que... ¿Cómo dice?

—Pase a la consulta.